

«El caballo se levanta y lo levanta a él también,
como un niño que recoge un gorrión de la acera
y lo lanza al árbol esperando que vuele».

Una novela de bandoleros

Alejandro Marín
Una novela
de bandoleros



Alianza Voces

Primera edición: octubre de 2026

Diseño de colección: Manigua

Imagen de cubierta: © Shutterstock/Pixel-Shot

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alejandro Marín, 2026

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© Alianza Editorial S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-325-9

Depósito legal: M-13340-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	16
Capítulo 3	33
Capítulo 4	55
Capítulo 5	67
Capítulo 6	74
Capítulo 7	88
Capítulo 8	100
Capítulo 9	107
Capítulo 10	118
Capítulo 11	126
Capítulo 12	141
Capítulo 13	150
Capítulo 14	161
Capítulo 15	171
Capítulo 16	186
Capítulo 17	203
Capítulo 18	213
Capítulo 19	233
Agradecimientos	241

*A mi mujer, Tamara.
A mi familia y, sobre todo, a mi padre,
Francisco, un auténtico bandolero.*

El aire le llega a la garganta y carraspea. Los ojos se le irritan. Nadie quiere entrar a recoger la mierda de ese caballo porque la semana anterior tumbó a uno cuando entró en la cuadra.

—Tres días lo encierran; se creen que el animal comprende esto como castigo. —Un reflujo sube hasta mitad de la garganta, cortando el discurso—. Prefieren que se muera a pararse a entenderlo.

Manuel abre la puerta sin que el caballo lo vea, pero lo huele. Sale y cruza rápido hacia la arena. El animal trota, cocea al aire, sacude. Roza la cabezada con la pata y los barrotes de la pista. Se menea como un bicho marino que se impulsa bajo el agua, rompe la superficie para que el aire lo roce y vuelve dentro. Manuel lo mira en los cambios de sol a sombra: los tonos de pelo de un cuerpo macizo de músculo y carne joven, la forma que se alinea y pierde compostura para entregarse a una dirección y otra, como queriendo salirse del propio instrumento corporal.

Lo deja un rato solo en el arenal del picadero, que supera los setenta metros de largo.

Lo financia la escuela española de equitación de Viena.

Cuando el caballo lo ve, se agita. Cocea, relincha, se levanta de manos. Manuel lo observa desde fuera: tiene los ojos amplios, negros y secos. Entra y se acerca despacio, la suela de la bota se queda en el albero y marca un camino de encuentro. El caballo se abalanza, la respiración forzada queda por encima del eco. Lo hace retroceder. Después de varios intentos, como un péndulo de colores opacos, se queda quieto. Jadea. Suelta el aire por la boca y tose, recoge saliva y la escupe por el lado izquierdo. Se toca las lumbares y se acerca agachado, dejando clara la diferencia de altura.

El caballo tiene la cabeza agachada, el morro en paralelo con la tierra ocre. Desde atrás, Manuel alza la mano, agarra la oreja del animal y la retuerce, tirando hacia abajo. El caballo cae. La suma de sonidos se entrelaza como una enredadera seca que se rompe hasta la base, por fases. Manuel se pone de rodillas, suelta la oreja y le coloca la mano en el morro, la otra la usa para empujarle el cuello. Tiene sudor en la nuca. La humedad del ambiente difumina las gotas y confunde su origen. El caballo abre mucho los ojos, no puede levantarse. Las fosas nasales palpitan. Manuel se apoya sobre su lomo, luego retira la mano. Libera la presión y la posesión.

El caballo se levanta y lo levanta a él también, como un niño que recoge un gorrión de la acera y lo lanza al árbol esperando que vuele. Dura encima menos de un minuto. Antes de que lo tire, salta. Tropieza, las rodillas tiemblan, se revuelca y queda fuera del alcance de las pezuñas, que suenan detrás de su cabeza como rocas impactando entre sí. El albero se le pega. Le da manotazos a la camisa y restriega la cara con la manga.

—Su puta madre.

Respira por la boca. En un olivar cercano, el cielo se hunde hasta casi posarse en las copas frondosas. Camina hacia la cuadra para limpiarla y lo deja trotando en la pista. Da vueltas, gira el cuello, como mirándose la espalda buscando un perseguidor de sombra.

Vuelve al recinto y va de frente hacia él. El caballo se esquina y levanta de manos. Manuel se echa a un lado y, cuando los cascos tocan el suelo, lo agarra de la cabezada, tirando de él mientras le susurra y manda callar. La mano sujeta el cuero, sin fuerza. Aprieta los dientes, mientras el resto del cuerpo se destensa. Los pelos duros del caballo se meten entre la carne y las uñas. Anda en pasos cortos, pero no lentos.

Con el caballo dentro de la cuadra, cierra la puerta. Se rasca un ojo con el único hueco limpio del dorso de la mano.

Hay silencio en el picadero. Las golondrinas y los aviones que hacen los nidos en las vigas de hierro de la cúpula aletean sin piar. El efecto invernadero causado por el material del techo convierte la humedad en calor. La camisa tiene cercos azules en las axilas. El olor agrio se parece al de un limón bajo su limonero.

En los vestuarios se desnuda, mete la ropa en una bolsa de plástico donde ya hay calzoncillos, calcetines y camisas. Entra en la ducha y frota el jabón por su cuerpo hasta que emulsiona. Raspa con un cepillo del mismo tipo que los usados para cepillar a los caballos. Le araña la piel, dejando una marca colorada por su paso. Restriega las manos, los tobillos, los pies y el pecho, que es donde incide más. Todo lo rojizo es sangre a punto de brotar.

Al salir se seca el agua superficial y amarra la toalla a la cintura mientras camina a uno de los lavabos. El suelo que pisa humidifica el polvo hasta formar una fina capa de barro que coge la forma de la huella. El cristal no está empañado, aunque puede recorrerse con un dedo y dibujarse una figura. Agarra la espuma de

afeitar y una cuchilla desechable que ya lleva unos cuantos rasurados. El sonido áspero en el corte, las varias pasadas, el agua corriendo, la mano intentando encontrar zonas no bien apuradas. Las manchas de cal en el grifo que dibujan de blanco sobre la plata brillante.

Desnudo, en uno de los bancos de madera verde, lía un cigarro. El tabaco, Pueblo; el papel, Dark Horse. El humo de la primera calada es más claro y denso. Al resto lo acompañan sonidos del cuerpo y un murmullo leve que se apaga.

En la lavandería no hay nadie. La lavadora tiene los bordes marrones en el interior, desde donde sale un olor metálico y sanguíneo. Mete la ropa volcando la bolsa. La aplana dentro del hondo bombo, palpando los bolsillos. En la pantalla elige el ciclo más corto.

Sale a fumar mientras la ropa gira y la cámara de seguridad graba a tiempo real sin guardar nada de lo que filma y que nadie mire al otro lado. Responde a Carolina un mensaje de esa misma mañana:

«Termino con la ropa y tiro pa tu casa. ¿Ya está listo Tristán?».

Vuelve dentro guardando la última calada en los pulmones. El sonido del bombo al golpear el interior de la lavadora le hace mirar el aparato. El giro mezcla los colores de las prendas hasta volverlas un todo. Saca de la mochila unos auriculares y, con las botas apoyadas en la mesa donde la gente dobla la ropa, escucha una lista de música de flamenco y breakbeat hasta quedarse dormido.

Lo despierta la vibración del móvil en el pecho. Un mensaje de su jefe:

«Nos vemos a las 18:00».

Es sábado a la una de la tarde, las nubes cubren el cielo a parches. Mete la ropa en la secadora. El olor del suavizante le raspa la garganta. Se rasca el cuello con las dos manos mientras cierra los ojos. Un rayo de luz entra por la amplia cristalera que da a la calle. Cuando levanta la cabeza puede ver un cuadro del Cristo de las Tres Caídas colgado sobre las secadoras.